

Reglas, vectores y funciones del encuadre: su papel generador del proceso analítico¹

Alejandro Ávila Espada²

El encuadre en psicoanálisis y psicoterapia psicoanalítica ha sido considerado cuestión central de la teoría de la técnica, dispositivo que configura la situación analítica y por su efecto generativo del posible proceso analítico. Mas con frecuencia queda reducido a la enunciación de un conjunto de reglas que atañen a ambos sujetos partícipes, sin especial referencia a su anclaje estructural: las funciones que cumple en la situación y proceso analítico. Contribuye a oscurecer el debate las diferencias hipotéticas entre psicoanálisis y psicoterapia psicoanalítica expresadas como diferentes encuadres, mero efecto de necesidades internas de la institución psicoanalítica. Entre las dimensiones estructurales se constata: a) la distancia intersubjetiva; b) las fronteras de la situación; c) la temporalidad; d) los límites éticos; e) el metaencuadre. Los explícitos y los implícitos del encuadre derivan por estos planos, que se articulan para hacer posibles algunas de sus funciones, principalmente las que generan proceso analítico.

Posteriormente se examinan una variedad de funciones que derivan del encuadre y a las que este sirve como instrumento: 1) la función de campo o escenario; 2) la función de contención; 3) la función de sostenimiento; 4) la función de ley o posibilidad del trabajo analítico; 5) la función transicional o motor del proceso analítico. Para concluir, se propone considerar el encuadre formal como una resultante del encuadre estructural, que se construye en el vínculo intersubjetivo que opera en la situación analítica. Palabras clave: Encuadre, Proceso psicoanalítico, Psicoanálisis, Psicoterapia Psicoanalítica.

The setting in psychoanalysis and psychoanalytical psychotherapy has been considered central question of the theory of the technique, device that configures the analytic situation and for its generative effect of the possible analytic process. But frequently it is reduced to the enunciation of a group of rules that concern both participants, without special reference to their structural anchorage: the functions that it develops in the situation and analytic process. It contributes to darken the debate the hypothetical differences among psychoanalysis and psychoanalytical psychotherapy expressed as different settings, mere effect of internal necessities of the psychoanalytical institution. Among the structural dimensions it is verified: a) the intersubjective distance ; b) the frontiers of the situation; c) the temporality; d) the ethical limits; and) the meta-setting. The explicit ones and the implicit of the setting derive for these planes that are articulated to make possible some of their functions, mainly those that generate analytic process.

Later on they are examined a variety of functions that they derive of the setting and to those that this it serves like instrument: 1) the field function or scenario; 2) the contention function; 3) the holding function; 4) the law function or possibility of the analytic work; 5) the transitional function or

motor of the analytic process. To conclude, we intends to consider the formal alignment as a resultant of the structural setting that is built in the intersubjective bond that operates in the analytic situation.

Key Words: Setting, Psychoanalytic Process, Psychoanalysis, Psychoanalytic Psychotherapy.

Encuadre, situación y proceso analítico

El encuadre en psicoanálisis y psicoterapia psicoanalítica ha sido considerado cuestión central de la teoría de la técnica, dispositivo que configura la situación analítica y, por su efecto, generando el posible proceso analítico. Quinodoz lo define como “el conjunto total de condiciones necesarias (que se han mostrado más adecuadas) para generar la particular relación psíquica y afectiva entre analista y paciente mediante la cual puede llegar a ser establecido el proceso (analítico)” (1992, p. 627). Modell lo nombra como “la base sobre la que descansa el tratamiento psicoanalítico, inseparable de la (especial) relación de objeto con el analista (..) al mismo tiempo “real” y “recreación” de las interacciones tempranas madre-niño” (1988, p. 577). En ambas citas constatamos la centralidad del encuadre respecto del proceso, y la relación analista-analizando como el eje de su estructura y manifestación, si bien plasmadas en dos autores que escogen rutas diferentes para comprender la esencia de esa relación “especial”. La autora suiza se decanta por situar ese “real” en el ámbito de la transferencia; el norteamericano las diferencia, al considerar que además de la transferencia, son importantes otras propiedades del contexto analítico que operan en lo real, su aporte de seguridad y la comunicación afectiva que existe entre analista y analizando.

Stone (1961, 1967) definió la situación psicoanalítica como “las características comunes y constantes del encuadre, procedimiento y relación personal analítica, tanto en sus significados y funciones conscientes e inconscientes” (Stone, 1961, p.9). El abordaje de estas características ha quedado con frecuencia reducido a la enunciación de un conjunto de reglas “fijas o constantes” (metáfora de la constancia objetal) que atañen a ambos sujetos partícipes, sin referencia clara a su anclaje estructural en el proceso analítico. Pero su sentido radica en sus cualidades estructurales, y en ellas ha de interpretarse el valor de cualquier regla que supuestamente contribuya a configurar el contexto analítico.

Cualquier debate sobre la pertinencia de estas reglas queda oscurecido por ciertos posicionamientos institucionales, de carácter teórico y/o normativo, pero que bajo su apariencia teórica derivan en gran medida de otros planos, necesidades institucionales de una época dada, cuestiones de poder. Los principales son: las diferencias hipotéticas entre psicoanálisis y psicoterapia psicoanalítica, la cuestión de la formación de los analistas y de la transmisión del psicoanálisis, todas ellas apoyadas en gran medida en la existencia de supuestas facetas *decisivas* del encuadre (frecuencia-intensidad, diván, abstinencia) que “forzarían” así desde la técnica las diferencias teóricas. No es objeto de este trabajo establecer las diferencias —si alguna— entre psicoanálisis y psicoterapia psicoanalítica. Es un campo en que la argumentación teórica y el criterio de las instituciones se interdeterminan inevitablemente, y donde

situarse en una u otra proposición teórica resulta en idoneidad o inconveniencia. Las posiciones “oficiales” sobre este tema, aunque suavizadas, no han cambiado substancialmente (véase Kernberg, 1999) si bien su fundamentación teórica es menos dogmática y diversos analistas las han cuestionado (Thomä y Kächele, 1985; Killingmo, 1999; Migone, 2000; entre muchos otros). Si el proceso analítico sólo se diera genuinamente por efecto de esas facetas decisivas, entonces estaría legitimada la diferenciación entre el “verdadero” proceso analítico (el psicoanálisis) y un subproducto cuasi-analítico, pero limitado en su alcance, la psicoterapia psicoanalítica. Además, si se acepta esa diferencia, sólo sería legítimo formar a los analistas a través de la experiencia del psicoanálisis según esa interpretación “ortodoxa” del encuadre.

Entendemos sin embargo que podemos hablar con la mayor libertad que permite estar afuera de la institución oficial: evitamos quitar importancia a las implicaciones que ciertas características del encuadre tienen en la producción de proceso analítico; pero proponemos una lectura contextual en que la contribución de un determinado encuadre se valore en el ámbito de la relación intersubjetiva que se da en cada análisis. Así podrá observarse que lo esencial es que se produzca la activación de las funciones que derivan del encuadre y no la mera adhesión a sus cánones formales. V.g. no es analítico el proceso porque tenga lugar en el diván, en abstinencia y con una frecuencia elevada de sesiones, sino porque en él se efectúen, según las características y contextos del sujeto concreto en análisis, las funciones de contención, sostenimiento, ley, prueba y neo-simbolización. Es decir, proponemos que se caracterice como analítico el proceso cuando están presentes esas funciones, con independencia del encuadre formal que las haga posibles.

Consideremos ahora descriptivamente las *reglas clásicas* del encuadre, y pasemos después a revisar su articulación con las funciones que cumple el encuadre en la situación y proceso analítico. Aplazamos para más adelante la discusión sobre el papel de lo constante y lo variable, lo rígido y lo flexible en el encuadre.

“Reglas” y condiciones que contiene el encuadre:

El encuadre “formal” aparece articulado en la tradición psicoanalítica en torno a un conjunto de reglas (constantes y rígidas) implícitas y explícitas, derivadas de las características formales de la relación intersubjetiva y profesional en la que se actúan. Las expondré siguiendo los cánones y tradiciones ya consolidados, pero incluyendo las matizaciones oportunas³. Tales *Reglas*, es decir, *elementos constitutivos necesarios*, son: la estabilidad y continuidad temporal; la constancia espacial e intimidad segura, aunque distanciada; el carácter profesional de la relación; la abstinencia; y finalmente la propia tarea analítica.

Primera regla: *Estabilidad y continuidad temporal.*

La duración de la sesión ha de ser estable y está definida por una tradición que resultó fundante al expresar un tiempo óptimo entre el necesario calentamiento y la fatiga: 45 o 50 minutos. La *actuación* de duraciones menores

estarían determinadas por la dificultad actual del paciente para dar su tiempo al proceso analítico, mientras que duraciones mayores apuntarían a la dificultad para separarse y tolerar la frustración de la interrupción.

El horario de las sesiones está fijado de antemano y es normalmente estable. La inestabilidad y los cambios en el horario se sitúan funcionalmente entre la amenaza a la continuidad del proceso analítico y el control invasor del objeto por el sujeto, también amenazante.

La frecuencia de las sesiones es estable (al menos durante grandes períodos) y está determinada por la “intensidad” y “profundidad” ideal —o más bien por la posible— que se haya escogido considerando todas las circunstancias que concurren en un caso dado: la tradición marca la elección de 1 ó 2 sesiones por semana para la *psicoterapia psicoanalítica*; y de 3 a 5 para el *psicoanálisis*. Suele considerarse la frecuencia como un factor decisivo para lograr la profundidad, si bien es ésta una cuestión muy controvertida⁴. Los períodos de interrupción de las sesiones están prefijados, en función de los períodos vacacionales culturalmente establecidos y/ o acordados entre ambos. El analista procura evitar otras interrupciones, salvo causa suficiente, con idéntica consideración para el analizando. De otra manera se abriría un espacio incontrolado al servicio de la ansiedad de separación y podría entrar en crisis el sostenimiento.

A la vez hay indeterminación de la extensión temporal global y de la finalización del tratamiento, asumiendo implícitamente que ambos partícipes están disponibles para un trabajo (viaje) que puede prolongarse durante años.

Segunda regla: *Constancia espacial e intimidad segura, aunque distanciada.*

Se construye un espacio privado, ocupado solo por el analista y el analizando. El analizando está en el diván y el analista permanece sentado atrás, fuera de su campo visual. Se asume que la interacción cara a cara puede dificultar el proceso de auto-observación cuasi-libre y de comunicación que requiere el análisis, y que en consecuencia la indicación de la interacción cara a cara apunta a condiciones en las que la disponibilidad del sujeto para el análisis está restringida. El diván introduce la metáfora de la asimetría y distancia necesaria, y según la tradición analítica tiene carácter de *factor decisivo* del proceso analítico. Precisamente por lo que implica de borramiento de los límites de lo real, el diván puede estar contraindicado en situaciones estructurales en que la internalización de dichos límites es aún muy precaria en el analizando.

En resumen, resulta esencial disponer de un espacio tranquilo, seguro, neutral y estable (es decir, una barrera de seguridad en torno a la sesión) en el que pasan a primer plano las vertientes inter e intrasubjetivas del vínculo terapéutico.

Tercera regla: *Relación de carácter profesional.*

Hay pago por el analizando al analista de sus honorarios profesionales (prefijados) o en su caso pago institucional subsidiado explícito⁵. El encua-

dre de honorarios puede establecerse como un rango (internamente flexible) del que escoge el analista la opción estable más oportuna en función del contexto del analizando.

La repercusión en los honorarios de las contingencias de la continuidad y la estabilidad temporal (períodos vacacionales u otras interrupciones), deben estar formuladas explícitamente.

En todo caso, la relación se enmarca en la deontología profesional en todos sus aspectos, en cuyo marco han de dirimirse los aspectos no previstos.

Cuarta regla: *Abstinencia*.

Ambos partícipes eluden toda relación personal directa, fuera de las sesiones. En las coincidencias incidentales ambos partícipes actúan manteniendo los límites de protección del espacio analítico.

Mientras dura el análisis no hay actuación ni retaliación (desde el analista). El analista usa la relación y la comunicación con el analizando al servicio de las necesidades del proceso analítico, evitando satisfacer las suyas propias. Como corolario de ésta y de la segunda regla, el analista no informa ni contacta con terceras personas en lo que se refiere a su analizando y su análisis, con los únicos límites que las leyes externas impongan a su labor profesional.

Quinta regla: *Tarea analítica*.

Se formula una invitación explícita a la apertura a la comunicación verbal por el analizando de todo contenido mental, en ruptura con el diálogo convencional. Pero más allá de la invitación se actúa desde el analista un estilo facilitador de la producción espontánea, no directiva.

En circunstancias "especiales" se incluyen en el análisis objetos reales⁶ que funcionan como objetos intermedios, soportes de la comunicación (p.e. con niños y adolescentes, a veces en la psicosis).

El contexto analítico deviene así en espacio potencial de auto y hetero-observación, con el material de todos los planos de comunicación y secreto existentes en la relación, en aras de su comprensión. La comunicación que se da en la relación analítica es comunicación auténtica, si bien es asimétrica, reflejando la asimetría de deseo, necesidad y dependencia que existe entre ambos participantes.

El conjunto de formulaciones explícitas e implícitas que contienen estas reglas y condiciones constituyen el *encuadre formal*; su aceptación explícita es el *acuerdo o contrato terapéutico*; su efectuación implícita, la *alianza de trabajo*, sostenida inicialmente en el plano racional, pero rápidamente integrada y cuestionada en el plano de la experiencia y del conflicto.

Hay un encuadre externo, explícito para ambos partícipes, y un *encuadre interno*, implícito, gestionado por el analista, para ajustar las dimensiones formales del encuadre externo a las necesidades funcionales que hacen posible el proceso

analítico. Todos los elementos del encuadre operan como un real espacio-temporal y relacional, organizados por una fantasía(s) consciente determinada social y culturalmente, pero también son investidos en lo imaginario mediante procesos inconscientes simbolizados en el dominio del sujeto y su relación con el objeto. Cualquier “situación modelo” activadora del proceso analítico habrá de ajustarse a las posibilidades de sus actores, y es responsabilidad del analista decidir la viabilidad presente de instaurar útilmente ciertas condiciones. Los “ajustes” o “recortes” en el encuadre, parámetros de la técnica (Eissler, 1953), suponen entonces una elección constructiva para el desarrollo del proceso analítico posible actual y futuro. Planteamos como hipótesis de trabajo una *ecuación del encuadre* como *balance de adhesión* al conjunto de sus reglas formales, que oscilaría en un eje de organización-desorganización psicopatológica v.g. máxima adhesión en el polo de las neurosis (patología del conflicto), máxima flexibilidad en el polo Límite con las Psicosis (patología del déficit). Examinemos ahora los ejes y vectores que organizan estructuralmente el encuadre.

Ejes o vectores del encuadre:

Si nos distanciamos un poco de la visión del encuadre como un conjunto de reglas o convenciones derivadas de tradiciones teóricas y necesidades institucionales, podemos detectar ciertos ejes estructurales que lo organizan: a) la distancia intersubjetiva entre el analista y el analizando (la dimensión cerca vs. lejos); b) las fronteras de la situación analítica (dentro vs. fuera); c) la temporalidad psíquica (aquí y ahora vs. allá y entonces); d) los límites éticos del analista (adhesión a lo normativo rígido vs. interpretación flexible); y e) el meta-encuadre o la influencia del contexto social y cultural en el que el encuadre se da. Para todas ellas mencionaremos las temáticas de relieve que incluyen.

- a) *Distancia intersubjetiva* entre analista y analizando (la dimensión cerca vs. lejos). ¿Cómo encontrar un balance óptimo entre ambos polos?. Cuestiones de contacto y separación. Control de la escena intersubjetiva, pérdida de control, indefensión (estar en manos del otro). Tu-yo o Ustedes. Un intento de lograr la objetividad y neutralidad imposible, entrecruzándose con la relación real, que se hace visible como alianza de trabajo, en el marco del proceso de la identificación y conraidentificación proyectivas.
- b) *Delimitación de las fronteras de la situación analítica* (o la dimensión dentro vs. fuera). El problema del borramiento de los límites, lo fusional. Desde lo carencial y la omnipotencia hasta la independencia funcional. La curiosidad-exploración vs. la exclusión de lo prohibido. El nexo con la ley y la presencia de los espacios de transgresión.
- c) *Temporalidad psíquica en la situación analítica* (Una escena que se da *aquí y ahora* vs. *allá y entonces*). La sesión, un escenario del recuerdo, la reminiscencia y la repetición. Necesidad de deslindar entre contenidos de la transferencia y la comunicación intersubjetiva genuina (y a veces la

imposibilidad de diferenciarlas). Sus polos patológicos: la huida del pasado y la negación del presente.

- d) *Límites éticos que asume y mantiene el analista* (Estabilidad y rigidez vs. Flexibilidad y cambio). Una representación del conflicto frente al poder y las normas parentales. Un vector de transgresión de la ley para gratificar deseos y la progresiva aceptación de la castración.
- e) *Metaencuadre* (Lo social vs. lo subjetivo). El encuentro y los roles del análisis hallan su asiento y raíz en una cultura y un entorno social determinado, quedando impregnado y atravesado por las tradiciones y contradicciones que le son propias (Lieberman, 1970). Puget y Wender (1982) abordan también este problema en el “mundo privado” de la díada intersubjetiva que se da en el encuentro terapéutico (los “mundos superpuestos”). Etchegoyen (1986) resalta la imposibilidad de ignorar los significados añadidos que impone el contexto social sobre la escena analítica. Añadiríamos que es un contexto social que no solo nos limita sino que nos funda como sujetos y da sentido a nuestra acción.

Con todos estos vectores ha de realizarse un trabajo de clarificación y confrontación, que en definitiva remite a la elaboración del encuadre interno (de la situación analítica y su internalización) a partir del encuadre externo. Eludir ese trabajo es derivar hacia instalarse en la aceptación de un funcionamiento perverso, peligro más que real ya que se parte de un sesgo inevitable en la asimetría analítica: el analista es juez y parte, con la inevitable y peligrosa tendencia a proteger sus necesidades y deseos inconscientes. El uso “defensivo” del encuadre (Mitjavila, 1994) es uno de los problemas más característicos.

Los explícitos y los implícitos del encuadre atraviesan —entre otros— estos planos, que se articulan para hacer posibles algunas de sus funciones, principalmente las que le dan sentido para el proceso analítico.

Bleger (1967) realizó una aportación muy interesante al reformular la situación psicoanalítica como un “marco” que impone restricciones institucionales, un acuerdo contractual y de comunicación entre los partícipes y que es depositario de la parte psicótica de la personalidad (lo indiferenciado, lo simbiótico). Milner (1955) y Khan (1960) habían utilizado también esta figura del *marco* para señalar que la situación psicoanalítica es una “realidad separada”, delimitada de la realidad externa como el marco delimita la pintura contenida en él. Modell (1988) subrayó este matiz de “realidad separada” que coexiste en el plano de la comunicación afectiva con la realidad externa, como sucede entre el teatro y la vida. Efectivamente, dentro del contexto del psicoanálisis hay diferentes niveles de realidad, p.e. el analista tal como puede ser percibido “objetivamente” (como una persona normal); el analista en su función como tal (en el marco psicoanalítico) mediante el cual el contexto analítico genera ese estado de “realidad especial” que es la neurosis de transferencia (o en términos de Modell, transferencia icónica); finalmente, el analista transfor-

mado por una ilusión en un objeto materno protector, con el cual se experimenta otro nivel de "realidad especial", la reproducción de aspectos de la relación temprana madre-hijo, en un nivel de transferencia que Modell denominó transferencia dependiente-contenedora (Modell, 1988). Ambas formas de transferencia están implicadas en el proceso analítico a través de la interpretación: la interpretación transferencial refuerza el marco del análisis y aumenta la transferencia dependiente-contenedora mientras contribuye a la resolución de la neurosis de transferencia, una formulación que va más allá de la clásica visión que Strachey (1934) tenía sobre la función de la interpretación. Y entendemos que remiten a las diferentes funciones del encuadre, tal como se expresan a continuación.

Funciones del encuadre:

Hay una variedad de funciones que derivan del encuadre y a las que a su vez éste sirve como instrumento generador:

- a) la *función de campo o escenario*: Como se ha expuesto, Bleger (1967) subrayó la importancia del mantenimiento de ciertas constantes para hacer posible la puesta en marcha y observación de un proceso, una observación que puede tener lugar cuando se delimita (p.e. a través del encuadre) el campo de observación, que acota lo observado. El encuadre serviría así para fijar el "escenario" en el que el proceso (analítico) puede ser promovido y observado. Un escenario "silencioso, mudo y constante" (Bleger, 1967.), un no-ser que revela su existencia solo por su ausencia (Milner, 1952), pero también un campo configurado por una fantasía inconsciente compartida en la que están involucrados ambos protagonistas a través de la identificación proyectiva (Baranger y Baranger, 1961-2). En sintonía con lo que Winnicott denominó el *entorno facilitador*, Green (1975) apunta dos escenarios posibles: el encuadre mudo, que deriva en olvidado (por cumplido) y que supone que se está dando un análisis entre sujetos; y el encuadre que hace sentir su presencia, por las constantes actuaciones contra él (un análisis entre objetos, en el que el sujeto está perdido y se hace sentir la falta). En el primer escenario podrá tener lugar un análisis por la función de la ley; en el segundo, por la función transicional. Un campo que se configura en la temporalidad del análisis.
- b) la *función de contención*: Implica el despliegue de una barrera de seguridad mediante la cual el sujeto queda efectivamente contenido, y donde en consecuencia puede actuar sus ansiedades e impulsos sin miedo de correr un excesivo riesgo de descompensación. Se precisa un "contenedor" para el proceso analítico, pero no un mero contenedor físico (p.e. Jarra para la leche) sino un *contenedor activo*, en torno al cual se crea y desarrolla el vínculo intersubjetivo que hace posible que el analista desarrolle su función interpretativa a la par que pone en marcha su *capacidad de reverie* (Bion, 1962) (El pecho materno como contenedor activo). Se trata de un contenedor *generativo*, vector de integración psicológica, en línea

con el proceso que Bion describió como continente-contenido, en el que la presencia del tercero (la *presencia potencial* del padre) hace posible la ensoñación generadora de lo nuevo, lo analizado, una nueva realidad psíquica integrada por efecto del contenedor generativo. En esa línea también podemos entender el encuadre con lo que Anzieu (1985) definió como *envolturas psíquicas*. La función de contención se da en la escena de la función paterna, que introduce la función de la ley como garantía.

- c) la *función de sostenimiento*: Una atmósfera de seguridad, confortable, brindada por el analista que genera un vínculo al servicio de la necesidad de regresión y dependencia del sujeto, y en el que sin embargo la presencia de fallas del analista hace posible el crecimiento. El encuadre genera la ilusión de disponer de un entorno facilitador en el que se despliega por el analista la función de sostenimiento que deviene de su capacidad de preocupación por el otro (Preocupación maternal primaria; Winnicott, 1956). Modell (1984, 1988) sigue a Winnicott al considerar que el analista despliega su constancia y fiabilidad al servicio de las necesidades de los analizandos, no para servir sus propias necesidades (ni para la retaliación) pero difiere de él al considerar que ese entorno facilitador no representa una regresión sino un proceso de actualización simbólica, en un “ambiente de holding” que provee una ilusión de seguridad y protección.

El sostenimiento implica el cuidado de un objeto externo por efecto del despliegue “real” de la función materna. Que se pueda desplegar el sostenimiento hará posible activar más tarde la función de objeto transicional (Winnicott, 1951), utilizando el *espacio potencial* para el desarrollo que queda a veces protegido en espacios de secreto guardados por las figuras de la perversión (Khan, 1960). La función transicional es crucial en la construcción de la subjetividad, que evoluciona a través de ella en un doloroso recorrido desde los estados primitivos de dependencia hasta la dependencia madura y la independencia funcional. El despliegue de la función de sostenimiento presenta ciertos problemas p.e. en los estados límites graves y el narcisismo patológico, donde la posibilidad de usar constructivamente la dependencia puede ser anulada y revertida como defensa frente al objeto, situación en que las funciones de contención y ley sirven como contrapunto.

- d) la *función de la ley*, es la condición de posibilidad del trabajo analítico: el encuadre como “presencia del tercero” (la ley del padre) a través de la experiencia movilizadora que brinda el ensayo repetido de ajustarse a los límites del encuadre, ajuste a los límites del objeto, que le permiten al analizando descubrir los propios. El analizando encuentra en el analista un buen contenedor, pero le sitúa como contenedor omnipotente, contínuo, seguro. Si el analista confirma ese imaginario el proceso analítico se detiene y se substituye por el goce de la unión con el objeto vs. la pérdida o destrucción absoluta del objeto. Pero el analista se atiene a una ley que limita, pero que además presenta inevitables fallas. Los límites de la ley y

las (inevitables) fallas del analista (Winnicott, 1963) generan la posibilidad de que el analizando integre las discontinuidades del buen contenedor, tolerando la natural fluctuación objetal. El encuadre reaviva este proceso de forma natural por las interrupciones sesión a sesión y demás momentos de interrupción, trazando los límites de lo posible e imposible en el encuentro analítico. Especialmente donde el encuadre tiene más presencia, las primeras entrevistas, ha de trabajarse la distinción entre realidad interna y realidad externa, la segunda regulada en lo que atañe al análisis por el encuadre, que hace posible el despliegue de las funciones que permiten acceder al trabajo de la realidad interna. La existencia de los límites permite tanto observar su respeto como su violación, facilitando su lectura e interpretación precisamente por ello.

- e) la *función de prueba transicional y neo-simbolización*, es motor del proceso analítico: Si el encuadre es incorporado por ambos participantes, cobra una presencia activa que promueve el desarrollo del proceso. André Green (1975) ha subrayado que el encuadre cumple entonces el papel del tercero en la relación dual analista-analizando y contribuye así a estructurar las condiciones necesarias para la formación del objeto analítico a través de la simbolización. Un proceso continuo de “puesta a prueba” (Weiss y Sampson, 1986) donde el analista tiene la oportunidad de superarlas, desconfirmando la escena psíquica arcaica, y haciendo posible el investimiento progresivo del contexto analítico y el descubrimiento de la persona del analista como objeto protector, que brinda una “nueva oportunidad” para el desarrollo a través de la función transicional. En la situación analítica y con el analista tiene lugar el investimiento imaginario funcional que reajusta los lugares de la tríada relacional, por efecto del trabajo de la transferencia y contratransferencia, siempre que esté asegurada la continuidad que es necesaria para el proceso analítico, y precisamente porque tiene fallas e incidentes, pero aceptando progresivamente esa ley representada en el encuadre. El analista desempeña el papel de objeto transicional que va siendo evolutivamente integrado y simbolizado. Stern et al. (1998) han mostrado también la importancia de aprovechar ciertos momentos especiales del proceso, cruciales para la integración de significados resultantes de la unión intrínseca de afecto y representación mental. Lo crucial de esa experiencia no suele ser ajena a la flexibilidad del encuadre en esa oportunidad, que en lugar de limitar, dio un espacio posible. Así parece tener lugar el proceso de descubrimiento, maduración, y como consecuencia, cambio, que llamamos análisis.

¿Conclusión?

Debemos a Freud (1913) el establecimiento del encuadre analítico, una de sus contribuciones más importantes a la técnica psicoanalítica, y que a la vez ha pasado más desapercibida entre el conjunto de sus aportaciones, precisamente porque en Freud las indicaciones sobre cómo es la situación en la cual conducir el

análisis y su propia manera de interpretarla y usar los límites (relatada en muchos documentos) cae en aparente contradicción. Probablemente hemos de asumir que Freud operaba implícitamente asumiendo que la relación de objeto entre analista y analizando se transforma (se ajusta silenciosamente) en función de las necesidades del contexto de relación real (Lipton, 1977; Momigliano, 1987). El vínculo intersubjetivo entre analista y analizando es el “lugar” donde se ejerce la acción terapéutica, precisamente porque integra la dimensión de la relación real, la relación imaginaria y la simbólica que les incluye. Freud, por su genio y la posición que ocupó, era probablemente capaz de activar las funciones analíticas aunque tuviese escaso respeto al encuadre formal: operaba así, con más fuerza, el encuadre implícito que el explícito, la efectuación de sus propiedades estructurales sin especial consideración al dispositivo que teóricamente las hacía posibles. Nosotros no podemos asumir tantos riesgos, pero a la luz de cien años de psicoanálisis tampoco podemos ignorar qué resulta esencial y qué accesorio a la producción de proceso analítico. Nuestra pregunta es: ¿podemos activar con nuestra actitud las funciones que derivan del encuadre y hacen posible el proceso analítico desde una interpretación flexible y contextualizada de las reglas formales del encuadre, en la escena intersubjetiva particular que se da en cada análisis?

Ya M. Balint (1950) nos advirtió de la imposibilidad de aplicar la teoría psicoanalítica de una persona, a la situación bipersonal del contexto analítico. Estamos en la creencia de que esta reformulación no atañe solo al estudio de la situación analítica, su proceso y su técnica, sino al conjunto de la teoría psicoanalítica que viene siendo revisada desde el horizonte que el estudio de lo intersubjetivo ofrece, a través del conocimiento de los procesos vinculares que fundan la intrasubjetividad.

Hemos revisado detenidamente las características del encuadre formal. En todas sus reglas y especificaciones la coherencia de sentido surge de cuanto y cómo contribuyen a promover el trabajo analítico. La existencia de un encuadre es una precondition para la experiencia analítica, pero este encuadre del que estamos hablando no lo constituyen sus reglas sino sus vectores estructurales, y las funciones que de ellos derivan. Un encuadre para la facilitación del especial vínculo intersubjetivo que opera y acciona en la situación analítica, bien a través de instaurar directamente la función de la ley, constructora de significados, bien mediante el despliegue de una función transicional que haga posible la previa integración de subjetividad mediante la que acceder a la presencia simbólica del tercero en la escena analítica, y por su efecto alcanzar una realidad psíquica madura. Un encuadre que expresa un *estilo propio* del analista, resultante de la integración entre su experiencia y su ética, en cada caso particular.

Referencias:

- Aburto, M., Ávila, A. et al. (Colectivo GRITA). (1999). La subjetividad en la técnica analítica. *Intersubjetivo*, 1(1), 7-55.
- Anzieu, D. (1985). *Le moi-peau* Paris: Dunod. [v.c. *El yo-piel*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1998]
- Balint, M. (1950). Changing therapeutical aims and techniques in psychoanalysis. *Int. J. Psychoanal.* 31 117-124.

- Balint, M. (1968). *The Basic Fault: Therapeutic Aspects of Regression* London: Tavistock Publications.
- Baranger, M. y Baranger, W. (1961-1962). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4 3-54. [Incluido en *Ibid. Problemas del campo psicoanalítico*, Buenos Aires: Kargieman, 1969]
- Bion, W. R. (1962). *Learning from Experience* New York: Basic Books. [v.c. *Aprendiendo de la experiencia*, Buenos Aires: Paidós, 1991]
- Bleger, J. (1967). Psychoanalysis of the psychoanalytic frame *Int. J. Psychoanal.* 48 511-519.
- Bouvet, M. (1954). La cure type En *Oeuvres psychanalytiques* vol. 2 Paris: Payot, 1967.
- Donnet, J.-L. (1973). Le divan bien tempéré *Nouv. Rev. Psychanal.* 8 23-49.
- Eissler, K. R. (1953). The effect of the structure of the ego on psychoanalytic technique. *J. Amer. Psychoanal. Assoc.* 1, 104-143.
- Etchegoyen, R.H. (1986) *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Ferenczi, S. (1919). La técnica psicoanalítica. En Ferenczi, S. *Psicoanálisis. Obras Completas*. Madrid: Ed. Espasa Calpe. T.II
- Ferenczi, S. (1928). La elasticidad de la técnica analítica. En Ferenczi, S. *Psicoanálisis. Obras Completas*. Madrid: Ed. Espasa Calpe, 1981.
- Freud, S. (1913). Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis I). *AE XII*, 121-144. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu Ed., 1986 (2ª ed.).
- Giovacchini, P. L. (1972). Interpretation and definition of the analytical setting In Giovacchini, P. L. (ed.) *Tactics and Techniques in Psychoanalytic Therapy* New York: Science House.
- Green, A. (1975). The Analyst, Symbolization and Absence in the Analytic Setting (On Changes in Analytic Practice and Analytic Experience)—In Memory of D. W. Winnicott. *Int. J. Psycho-Anal.*, 56:1-22.
- Greenson, R.R. (1967). *Técnica y práctica del psicoanálisis*, México, Siglo XXI Eds.
- International Psychoanalytical Association (IPA) (1983). IPA standards and criteria for qualification and admission to membership of a Component Society of the IPA *IPA Newsletter XV*, 3.
- International Psychoanalytical Association (IPA) (1985). IPA minimum requirements for acquiring and maintaining the function of training analyst *IPA Newsletter XVII*, 3.
- Kernberg, O.F. (1999). Psychoanalysis, psychoanalytic psychotherapy and supportive psychotherapy: contemporary controversies. *International Journal of Psychoanalysis*, 80 (6), 1075-1092.
- Khan, M.R. (1960). Regression and Integration in the Analytic Setting—A Clinical Essay on the Transference and Counter-Transference Aspects of These Phenomena. *Int. J. Psycho-Anal.*, 41:130-146 [v.c. *Regresión e integración en el encuadre analítico. Ensayo clínico sobre los aspectos de la transferencia y la contratransferencia de estos fenómenos*, En M. M. Khan *La intimidad del Sí mismo*, Mexico: Saltés, 1980]
- Killingmo, B. (1997). The so-called rule of abstinence revisited. *The Scandinavian Psychoanalytic Review*, 20, 144-159. [traducción castellana: Revisión de la denominada Regla de Abstinencia. *Intersubjetivo*, 1 (1) 65-78.
- Lieberman, D. (1970). *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*, 3 vols.. Buenos Aires: Galerna.
- Lipton, S. D. (1977). The advantages of Freud's technique as shown in his analysis of the Rat Man *Int. J. Psychoanal.* 58 255-273.
- Migone, P. (2000). El psicoanálisis en el sillón y la psicoterapia en el diván. Implicaciones de la redefinición de Gill sobre las diferencias entre psicoanálisis y psicoterapia. *Intersubjetivo*, 2 (1) 23-40.
- Milner, M. (1955). The role of illusion in symbol formation En *New Directions in Psychoanalysis. The Significance of Infant Conflict in the Pattern of Adult Behavior* ed. M. Klein, P. Heimann y R. E. Money-Kyrle. New York: Basic Books, pp. 82-108.
- Milner, M. (1952). Aspects of symbolism in the comprehension of the not-self *Int. J. Psychoanal.* 33 181-195.
- Mitjavila, M. (1994). La iniciación del tratamiento. En A. Ávila y J. Poch (Eds.) *Manual de técnicas de psicoterapia (un enfoque psicoanalítico)*. Madrid: Siglo XXI eds. pp. 265-290.
- Modell, A.H. (1984). *El psicoanálisis en un contexto nuevo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Modell, A.H. (1988). The Centrality of the Psychoanalytic Setting and the Changing Aims of Treatment—A Perspective from a Theory of Object Relations. *Psychoanal. Q.*, 57:577-596.
- Momigliano, L. N. (1987). A spell in Vienna—but was Freud a Freudian? *Int. J. Psychoanal.* 14 373-389.
- Puget, J. y Wender, L. (1982). Analista y paciente en mundos superpuestos. *Psicoanálisis*, 4 503-536.
- Quinodoz, D. (1992). The Psychoanalytic Setting as the Instrument of the Container Function. *Int. J. Psycho-Anal.*, 73:627-635.

- Sandler, J.; Dare, Ch. y Holder, A. (1993). *The Patient and the analyst* (Edición revisada y ampliada por J. Sandler y A.U. Dreher) London: Karnac [v.c. de la 1ª edición: *El paciente y el Analista*, Barcelona: Paidós, 1986].
- Spruiell, V. (1983). The rules and frame of the psychoanalytic situation *Psychoanal. Q.* 52 1-33.
- Stern, D., et al. (1998). Non-interpretive mechanism in psychoanalytic therapy. The 'something more' than interpretation. *International Journal of Psychoanalysis*, 79 (5), 903-922.
- Stone, L. (1961). *The Psychoanalytic Situation. An Examination of its Development and Essential Nature* New York: Int. Univ. Press.
- Stone, L. (1967). The psychoanalytic situation and transference: postscript to an earlier communication *J. Am. Psychoanal. Assoc.* 15 3-58.
- Strachey, J. (1934). The nature of the therapeutic action of psycho-analysis *Int. J. Psychoanal.* 15 127-159.
- Sugarman, A., Nemiroff, R.A. y Greenson, D.P. (Eds.) (1992). *The technique and practice of Psychoanalysis. 2 A memorial volume to R.R. Greenson*. Madison: International Universities Press
- Thomä, H. y Kächele, H. (1985). *Teoría y práctica del psicoanálisis: I. Fundamentos; II: Estudios clínicos*. Barcelona: Herder, 1989.
- Weiss, J. y Sampson, H. (1986). *The Psychoanalytic Process. Theory, Clinical Observation and Empirical Research* New York: Guilford.
- Winnicott, D.W. (1951). Objetos y fenómenos transicionales. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1999. Pp. 307-324.
- Winnicott, D.W. (1956). Preocupación maternal primaria. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1999. Pp. 397-404
- Winnicott, D. W. (1963). Dependence in Infant Care, in Child Care, and in the Psycho-Analytic Setting. *Int. J. Psycho-Anal.*, 44:339-344. [v.c. La dependencia en el cuidado del infante y del niño, y en el encuadre psicoanalítico. En D.W. Winnicott *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*, Buenos Aires: paidós, 1993]

Notas:

¹Basado en un trabajo elaborado para el XII Congreso de la Federación de Asociaciones Psicoanalíticas de España. Salamanca, 28 de Octubre de 2000, que fue leído en la sesión "El encuadre psicoanalítico: mito y realidad", coordinado por Rómulo Aguillaume.

²Catedrático de Psicoterapia, Universidad de Salamanca. Psicoterapeuta psicoanalítico. Miembro Titular con función docente de Quipú, Instituto de formación en Psicoterapia Psicoanalítica y Salud Mental (Madrid). Dirección de contacto: Príncipe de Vergara, 35 bajo dcha. 28001-Madrid. E-Mail: avilespa@arrakis.es.

³Debemos precisar si estamos formulando una propuesta ideal, asumiendo que se den condiciones óptimas para el trabajo analítico, o bien una exposición de las condiciones en las que habitualmente puede trabajarse. Si el encuadre se analiza teóricamente sus elementos tienden a funcionar como operadores dogmáticos o condiciones *sine qua non* del proceso psicoanalítico. Pero nos decantamos por el examen de las formas reales del encuadre, que nos aporta mayor claridad sobre su valor funcional relativo, es decir, cómo puede darse el proceso analítico en ausencia de sus precondiciones formales.

⁴Si se alcanza o no el grado de profundidad que requiere el análisis sólo puede valorarse en el seno de su mismo proceso, y a veces se constata examinando en perspectiva etapas temporales muy prolongadas. El valor analítico del proceso frecuentemente emerge a posteriori del mismo, si bien es deseable contar indicadores más directos. En mi experiencia, el carácter analítico del proceso, considerando tanto desde el lugar del analista como el analizante, no lo aporta la mera frecuencia, sino la calidad de las funciones activadas.

⁵El carácter profesional de la relación viene determinado tanto por la sanción legal (título, acreditación) que le da al profesional el derecho de ejercer como tal, como por los *derechos del cliente*, quien a partir de que se efectúe la prestación de servicios y el pago de honorarios (o derecho al servicio gratuito o subsidiado) quedan enmarcados en las normas que derivan de la ley establecida socialmente. Profesional y cliente tienen lugares definidos, que ocupan en calidad de tales, con los derechos y deberes que le son inherentes en el orden social.

⁶Aunque sean más frecuentemente objetos físicos del entorno del analista, son incluidos por los sujetos que los toman como soporte de la comunicación, y más adelante pueden funcionar transicionalmente.